

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

Hoy celebramos: **San Isidoro (26 de Abril)**

“Sois la sal de la tierra y la luz del mundo”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 2, 1-10

Yo mismo, hermanos, cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado.

También yo me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.

Sabiduría, sí, hablamos entre los perfectos; pero una sabiduría que no es de este mundo ni de los principes de este mundo, condenados a perecer, sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria.

Ninguno de los principes de este mundo la ha conocido; pues, si la hubiesen conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria.

Sino, como está escrito:

«Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman».

Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu; pues el Espíritu lo sondea todo, incluso lo profundo de Dios.

Salmo de hoy

Salmo 118, 99-100. 101-102. 103-104 R. Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero.

Soy más docto que todos mis maestros,
porque medito tus preceptos.
Soy más sagaz que los ancianos,
porque cumplo tus mandatos. R/.

Aparto mi pie de toda senda mala,
para guardar tu palabra;
no me aparto de tus mandamientos,
porque tú me has instruido. R/.

¡Qué dulce al paladar tu promesa:
más que miel en la boca!
Considero tus mandatos,
y odio el camino de la mentira. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 13-16

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán?

No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente.

Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte.

Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del cedrón, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa.

Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Jesucristo... y éste crucificado”

Cuando en el día de la fiesta de San Isidoro, teólogo ilustre, impulsor de concilios a la hora de difundir y vivir el evangelio, oímos a San Pablo decir que “mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana... ni con sublime elocuencia”, puede uno quedar despistado, pues tanto uno como el otro pusieron a favor del evangelio, de manera total, sus dotes intelectuales y todos sus recursos humanos, que no fueron pocos. Pusieron a trabajar sus muchos y potentes talentos recibidos en su misión evangelizadora.

Es cierto que lo hicieron sin desvirtuar ni una coma el núcleo central del evangelio, no rebajaron nunca la cruz de Cristo, nunca bajaron a Cristo de la cruz, nunca limaron algunas actitudes fuertes de Jesús, nunca falsificaron las palabras de Jesús sobre el amor, el perdón, la justicia, las bienaventuranzas, nuestro destino final... San Pablo y San Isidoro, con su ejemplo, nos invitan a predicar el evangelio con todos los recursos humanos y divinos que hayamos recibido, sabiendo siempre que “Pablo plantó, Apolo regó, pero el que da el crecimiento es Dios”.

“Sois la sal de la tierra y la luz del mundo”

En la misma línea de San Pablo, Jesús para que potenciamos y no desvirtuemos el tesoro recibido, nos dice que somos “la sal de la tierra y la luz del mundo”. Si somos sal y luz no podemos ser sus contrarios. Si la sal deja de cumplir su misión que es salar, si a la hora de presentar y vivir el evangelio no lo vivimos y presentamos como buena noticia, como lo que da vida... hay que tirar esa sal y ese evangelio, porque han dejado de ser sal y evangelio. Algo parecido ocurre con la luz. La luz por sí misma es para alumbrar, para iluminar, nunca para oscurecer, enturbiar, entenebrecer. Por eso nunca la luz, el evangelio, ha de esconderse e impedir que cumpla su misión de alumbrar. Nuestra vida, nuestras palabras y nuestras obras deben ser luz, que disipen las tinieblas de muchos corazones y acepten a Jesús, “la luz del mundo” y los hombres “den gloria a vuestro Padre que está en el cielo”, y encuentren así el sentido y la esperanza que todos deseamos.

San Isidoro (560-636), canonizado por Inocencio XIII en 1598 y declarado doctor de la iglesia en 1722. Sucedió a su hermano san Leandro en la sede arzobispal de Sevilla. Recopiló y organizó el saber de su tiempo. En su celo evangelizador, presidió los sínodos de Sevilla (619) y IV de Toledo (633). Realmente se le pueden aplicar las palabras de Jesús. Fue “sal de la tierra y luz del mundo”.

Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

San Isidoro

Obispo de Sevilla
Sevilla, 560 - Sevilla, 23-abril-636

El varón más docto de su tiempo. Hermano menor de San Leandro de Sevilla, a quien sucedería en la sede (600), Isidoro nació el año 560 en el seno de una familia romana de Cartagena (actualmente, en la Región de Murcia, España), ciudad entonces controlada por los bizantinos de Justiniano, que hubo de emigrar a Sevilla. Allí vio la luz y, con toda probabilidad, recibió la formación de su mismo hermano Leandro, a quien, junto con su hermana mayor Florentina, fue confiado por los padres, fallecidos cuando él era todavía un niño. Alcanzó en poco tiempo incomparable erudición y dominio completo de las tres lenguas entonces sagradas, a saber: el hebreo, el griego y el latín, así como de cuanta literatura, ya clásica, ya patrística, se había salvado hasta entonces. Isidoro es el último de cuatro hijos que llegaron a ser, andando el tiempo, o monjes o clérigos: su hermana Florentina fue monja de clausura, y sus hermanos Leandro y Fulgencio, obispos, respectivamente, de Sevilla y de Écija, en la Bética, la más romanizada de las provincias de España.

Una antigua y discutida tradición lo hace monje. Tal vez completase su formación en un monasterio, aunque sin llegar a ser monje, o quién sabe si a la sombra de su hermano Leandro en la escuela episcopal sevillana. Hay quien sostiene que, a los 30 años Isidoro habría asumido la dirección de aquel monasterio sevillano. Lo que de cierto sabemos es que, ya obispo, se entregó a un intenso trabajo pastoral dirigido al clero diocesano y, más tarde, gracias sin duda a la difusión que sus escritos alcanzaron, al de toda España. Hombre de Iglesia y a la vez de Estado, Isidoro de Sevilla disfrutó de un gobierno pastoral pacífico, y la estrecha relación con los reyes visigodos le permitió colaborar activamente con Sisebuto, Sisenando y Suintila en la estabilidad del reino.

Presidió el II Concilio de Sevilla (619) y fue asimismo presidente y animador del IV de Toledo (diciembre del año 633), básico en la renovación de la Iglesia hispana: sus actas son una suerte de carta ideal de la Iglesia visigoda y de sus relaciones con la monarquía. Dedicado al estudio y a la composición de numerosos escritos, amigo íntimo de San Braulio de Zaragoza, que siempre estuvo pronto a profesarse extraordinaria veneración, gozó de excelente salud mental hasta el fin de sus días. No así de la física, pues acabó casi paralítico. Isidoro de Sevilla, el más grande escritor de su tiempo, murió el 23 de abril del año 636, fecha tope de la patrística latina. Era entonces reconocido como el varón más docto del siglo, el restaurador de la vida eclesiástica de España, el organizador de más prestigio en todo el Occidente de su tiempo.

El VIII Concilio de Toledo (653) le rindió subidas alabanzas reconociendo públicamente su talla moral y cultural: egregio doctor de nuestro siglo, novísimo y doctissimo adorno de la Iglesia católica son, entre otras, algunas de esas perlas conciliares. El cristianismo lo venera como a Padre y Doctor de la Iglesia. Sus restos fueron trasladados el año 1063 a León, en cuya iglesia homónima recibe hoy culto. La Iglesia universal incluyó expresamente su nombre en la lista oficial de los padres doctores latinos el año 1722. Aún se conserva la inscripción rítmica del sepulcro común de Leandro, Florentina e Isidoro.

Pedro Langa O.S.A.